

INCIDENTE EN LA CORDILLERA

ANTONIO BENÍTEZ-ROJO

Para Julio, donde quiera que esté

El desfiladero es estrecho. Aquí y allá la vegetación crece pobre, rastrera, enmarañada. El camino que lo atraviesa es un camino colonial, uno de esos malos caminos, apenas apisonados, que serpenteaban por entre las cordilleras evitando torrentes y volcanes. Éste en particular, está blanqueado por el ir y venir de mulas y borricos sobre el cascajo de piedra pómez, y corre de oeste a este a través de la vieja Guatemala. Ahora parece humear bajo el sol del mediodía, pues un súbito ventarrón se ha encajonado entre los paredones de granito que se alzan a sus lados, y levanta el polvo, lo arremolina y lo lanza hacia el lejano bosque, apenas una ceja verde en el reducido confín que se observa desde el paraje. La recua de mulas, con sus arrieros esclavos y su guardia de soldados españoles, penetra lentamente en la árida garganta. Los cencerros de las bestias se dejan oír en medio del viento, pero el sonido, al igual que el polvo, es arrojado hacia adelante, de modo que para la hilera de tamemes y los hombres de la retaguardia que justo ahora entran en el paso, el batir de las chapas de cobre debe ser inaudible. Un gran lagarto, de pellejo costroso y flácido, atraviesa el camino y se hunde en un matorral de espinos, y uno de los soldados, un mozo que marcha junto al mensajero indio a la cabeza de la recua, cambia de mano la ballesta, se lleva los dedos a la visera del morrión y hace una apresurada señal de la cruz. Entonces, de improviso, una densa columna de pájaros de diferentes tamaños y colores sobrevuela el desfiladero; trinan, graznan, baten las alas con desesperación; se alejan en dirección al bosque. Abajo, en el camino, las mulas se detienen en seco y echan a temblar, estremeciendo las alforjas repletas de mercaderías y las cajas que llevan la plata del rey. Los negros tiran de los cabestros con denuevo, dan broncas voces que el viento desgarrar, asentan furiosos palos, pero no consiguen que los animales desclaven del camino siquiera una herradura. Los tamemes rompen la fila, hacen grupos y cambian miradas y gestos de inquietud; llevan a la espalda, sostenidos por tiras de cuero que se hincan en sus frentes, abultados fardos, cofres, canastos que les sacan cuatro palmos por sobre las orejas y que se bambolean en la ventolera; arracimados, doblados por el peso de la carga, con los brazos plegados sobre el ayate descolorido,

recuerdan parvadas de pollos al filo de la tormenta. Ahora el viento se detiene. Cesa el enloquecido aleteo de las aves en fuga. Los remolinos de polvo se asientan, se deshacen y, cual tociada de harina, caen a plomo sobre la recua, blanqueando el fardaje, las grupas y crines, las capas y morriones. Ahora el tiempo es silencio y eternidad, blancor deslumbrante. Los tamemes callan; los esclavos dejan caer los palos y, haciendo visera con sus manos, miran el cielo ardiente. Un vaho denso, azufrado, salido de no se sabe dónde, se estanca poco a poco en el desfiladero; el aire se empaña y verdea como una charca de aguas podridas, y los rostros de los españoles se desencajan y parecen pender de los cascos, y la piel de los esclavos se ablanda y transpira un sudor que huele a cieno, y los tamemes, jadeantes en la calma, se doblan sobre sus piernas arqueadas y arcillosas, sobre sus tobillos hinchados, sobre sus míseros pies de uñas desportilladas. Uno de los más jóvenes deja resbalar su fardo sobre el espinazo, y los rollos de mantas, incrustadas con vistosas plumas de quetzal, se despliegan con parsimonia por el camino; enseguida otro desparrama, como un puñado de relampagueantes doblones, una docena de vasos de plata, y así, en breve, todos se desembarazan de sus cargas, y junto con la plata labrada ruedan los panes de azúcar moscavado, las marquetas de índigo, las tortas de achiote, las untuosas barras de chocolate; de las cajas y bolsas saltan conservas de ananás y de guayaba, manojos de flores de mesasuchil, raíces de zarzaparrilla; polvos encarnados, pardos, marrones, sazonan las calcinadas piedras con la especiería de Indias. Los tamemes, sin hacer caso de las amenazas que profieren los soldados, retroceden despacio andando de espaldas, inclinados, como si quisieran escapar a hurtadillas de un jaguar acechante. A la delantera de la comitiva, arrimados a las mulas, están los esclavos; aún no se han percatado de la callada rebelión de los tamemes y, sin saber qué hacer, comienzan a cantar con la esperanza de tranquilizar a las bestias y lograr que éstas prosigan la marcha; pronto los rudos cantos van decayendo, se marchitan en el vaho hediondo del desfiladero, y las cabezas permanecen alzadas con estupor hacia el último eco que flota entre los paredones de granito. El joven soldado que va al frente, el mismo que se sobrecogiera al ver el lagarto cruzar su paso, deja la ballesta sobre una piedra, saca el puñal, se acer-

ca a la primera de las mulas y la desjarreta; el animal cae pesadamente, y con odiosa torpeza el hombre lo acuchilla en medio de lacerantes relinchos y revolcones; luego, ensangrentado y rígido va hacia el indio mensajero, un hombre tuerto y esmirriado que, tendido en el camino, pega su oreja al polvo en actitud de escucha. El español, con la siniestra calma de un hechizado, se agacha y apoya la punta de la hoja en el cuello del indio; éste fija su ojo redondo, como de pájaro, en el rostro del mozo, y desvía la cabeza hacia las altas masas de piedra. Entonces, sin decir palabra, se incorpora y echa a correr camino abajo. Pasado un instante, un prolongado tronido retumba en el desfiladero, y de inmediato el camino empieza a temblar, a remecerse, a ondularse y abrirse en grietas, en zanjas resollantes. Sobre uno de los paredones se dibuja una fisura, de abajo a arriba, que toma la forma sesgada del rayo, y la montaña se desmorona sobre los hombres y las bestias.

“¿Venís?”, pregunta el tameme más corpulento, al tiempo que anuda sobre la oreja las puntas del sucio pañuelo que cubre su herida, todavía sangrante. Pero el esclavo dice que no con la cabeza y se pone a contemplar, con cierta altiva indiferencia, el lejano bosque hacia el cual desciende el camino. Los cuatro indios sobrevivientes, todos heridos, se ayudan unos a otros a cargar lo poco que se ha salvado del derrumbe. Después, dan la espalda al esclavo, tiran de la mula y comienzan a subir el escarpado túmulo que ciega ahora el paso de la montaña. El maltrecho grupo, seguido por la mirada del esclavo, prosigue su trabajosa marcha de regreso. Al llegar a la cima del túmulo, los tamemes se detienen para tomar aliento. Con objeto de hacer más fácil la ascensión, han acomodado los canastos al través de las espaldas, y sus siluetas, recortadas por la contraluz de la tarde, permanecen estáticas y tristes como cruces de camposanto. El esclavo, después de palparse la magulladura del hombro, intenta meter su pelambre, blanca de polvo, en el morrión de un soldado muerto; con un ademán de disgusto lo arroja lejos de sí, y el ruido del metal que rueda sobre las piedras tiene un timbre de arenosa desolación. Ahora el hombre se inclina sobre el cuerpo del soldado, y con ambas manos comienza a halar un objeto oculto a medias en el polvo; después de un tirón que abulta sus músculos, aparece una ballesta; entonces, con el pie, voltea boca abajo al muerto y lo despoja rápidamente de la aljaba de saetas, de la espada, del zurrón de cuero y la botella de agua. Un grito distante lo hace volverse. Es uno de los tamemes que desciende a saltos por los escombros de la montaña, dejando tras de sí una polvareda. “¡Negro, negro! ¡Esperá, que voy con vos!”

El esclavo lo aguarda cabizbajo; escarba en el polvo con los dedos de los pies; su semblante se ha tornado hosco, cerrado.

“¿Onde vas?”, pregunta el tameme jadeando, sujetándose el cabestrillo en que lleva su brazo derecho. A juzgar por el aspecto de su mano, ligada por sobre la muñeca con una tira de cuero, es difícil que recupere la destreza; una piedra pesada debió caer sobre ella. “¿Onde vas?”, repite. “¿No ves que no podés ir solo por estas tierras? ¿No ves que si el español te ve te echa los perros? Los perros son malos. Siempre son muchos, tres, cuatro, cinco perros”. El esclavo se encoge de hombros y vuelve la mirada hacia el lejano bosque. “Vente conmigo, negro. Vente conmigo que mejor se es dos que uno”, dice el indio sacudiéndose con su mano sana el polvo del ayate. “Bien se ve que sos novicio en los caminos. ¿Cómo vas andar por ai con ballesta y espada? ¡Ni que fueras capitán, carajo! Tíralas, negro. Tíralas, que por tu bien te lo digo. ¿Qué decís? Hablá como los cristianos, que no te hacés entender”.

El esclavo alza la cabeza y señala a su garganta. Bajo los pelos enroscados de su barba hay una horrible cicatriz.

“¡Ah, negro, suerte que has tenido! Mordida de perro es, que si fuera de jaguar ya no andabas por el mundo. De seguro te huiste”. El esclavo frunce el ceño y responde con un gruñido. “Suerte también tenés de ir conmigo, que tres veces he hecho el camino a la costa, y tres veces la vuelta a Quetzaltenango. No más unos días de camino y te muestro onde viven los esclavos fugitivos”, agrega señalando al naciente. “De seguro te toman en su banda de salteadores, que eres mozo y aprestado. A cinco jornadas están, en las Montañas del Mico”. El esclavo, ahora mostrando sus dientes limados en una amplia sonrisa, se lleva la mano al pecho y asiente repetidamente. “Mejor te quedás las armas. No más llegados al bosque, dejamos el camino, que por ai debe andar el tuerto Felipe, el que hacía de mensajero. De seguro fue dar cuenta del suceso al alcalde de Acazabastlán, que ofrece buenas monedas a cambio de malas noticias”.

Los hombres echan a andar uno al lado del otro, rodeando las grietas que el terremoto ha dejado en el camino. El indio mira el lejano túmulo por sobre el hombro y, sin dejar de caminar, hace la señal de la cruz. “Que Dios se apiade de sus almas”, murmura.

El desfiladero ha quedado atrás. En ese punto el camino se aparta de la cordillera y desciende bruscamente hacia un bosque de pinos, muchos de ellos inclinados de norte a sur. El polvo se torna terracota, y la vegetación, aunque todavía rala, refresca un tanto el aire y lo llena de olores a resina y a flores silvestres. “Mirá”, dice el tameme, señalando una ruinosa cons-

trucción de piedra en la cima de un peñasco. “Hasta ai llegaron los quichés en sus guerras con los tzutuhiles”. Y lleno de orgullo, añade: “Sabés, el padre de mi abuelo era señor de Huehuetenango. Murió en la hoguera con los señores de Sololá y de Atitlán, que no quisieron renunciar a la adoración de los viejos dioses, Tēpeu, Gugumatz y... ¡A la mierda!”, grita asustado, y de repente se escucha un tronido apagado y la tierra empieza a temblar de nuevo. Instintivamente, los hombres corren lo mejor que pueden hacia un macizo de hierba, hasta que el tameme, luego de un fuerte remezón, rueda por el camino.

“¡Carajo!”, dice el indio incorporándose, en su rostro una expresión de intenso dolor. “Ya vuelve a sangrar esta mierda de mano”, se queja metiendo el brazo en el trapo manchado que lleva alrededor del cuello. El esclavo se acerca y examina la mano del tameme, que cuelga desarticulada y sangrante; bajo los gemidos del hombre, aprieta la ligadura de la muñeca hasta que la mano cesa de gotear; luego ata el zurrón del indio al suyo y se lo echa a la espalda junto con las armas. “Parece una rata aplastada”, dice el tameme mirando su mano con una expresión de triste incredulidad. “¡Ay, negro, carajo!”, se lamenta. “¿Cómo crees que puedo pagar el tributo a don Esteban, mi señor, con esta mierda de mano? ¿Quién me va a alquilar como tameme? Mi mano ya no sirve, negro. Soy un hombre de mierda, un hombre lisiado. Mi mujer se meterá a puta y mis hijos a ladrones. Si lo sabré yo, que ansina jue con mi hermano Anselmo. Mejor morir, hombre. Te lo digo que sí”.

El esclavo descorcha la botella de agua y le ofrece de beber al tameme. Luego de un largo trago, éste se serena y trota hacia su compañero, que ha reiniciado la marcha. “¿Sabés qué voy a hacer?”, dice al cabo del rato. Me voy a las tierras bajas, a las tierras de los lacandones, más allá de la Vera Paz. Son indios paganos y brutos. Diz que andan en cueros como monos y son muy poco de fiar. Pero, quién sabe, a lo mejor me acogen por las muchas cosas que sé, que además de tameme sé ayudar en muchos oficios”. Y después de una breve pausa, agrega malhumorado: “Y si me matan, carajo, qué voy a hacer si muerto estoy para los míos, que eso quedamos con mi primo Tomás y los dos tamemes tzutuhiles. Sí señor. Todos dirán que me aplastaron las piedras, que es mejor que me sepan muerto que viviendo de caridad por las iglesias”.

El esclavo asiente y pasa su brazo sobre los hombros del tameme. Y así, arrimados uno al otro, marchan un corto trecho hasta que el indio se detiene y saca por debajo de su ayate un cuchillo de trinchar con rico mango de plata. “¿Me hacés una merced?”, dice mirando al esclavo a los ojos. “¿Me cortás la

mano?” Y agrega sombrío: “Algo sé de curar heridas”. El esclavo toma el cuchillo y pasa el dedo por el filo. “Mirá, si no lo hacés se me pudre en dos días, que ansina mesmo pasó con el pobrecito Anselmo. Primero la mano, en seguido el brazo y después se murió jediendo y rabiando, sin querer ver al cura ni a nadie, que Dios perdone su alma”.

Desde el parapeto de la atalaya quiché se domina el camino de Acazabastlán y la ancha y boscosa barranca que éste bordea. Del lado interior del parapeto, roídos por la intemperie y los años, los muros emergen de entre la maleza como grandes dientes de piedra renegrada. En un rincón despejado de arbustos, el único propiamente dicho, el tameme dormita mientras el esclavo asas a la barbacoa una bestezuela, tal vez un cachorro de puma. Un precario colgadizo, hecho con sus desgarradas mantas, los cobija del sol. El indio, sentado en un colchón de hierba recién cortada, la espalda recostada al muro, ha inclinado la cabeza sobre el pecho; aún lleva el brazo en cabestrillo, pero ya no en un pedazo de su ayate sino en una envoltura de corteza de árbol; emplastos de hojas intensamente verdes empaquetan su muñón. El esclavo, en cuclillas, con el torso desnudo, mira absorto el fuego casi incoloro de la leña. Sus pensamientos se entrelazan, se alargan y repliegan junto con las llamas; conceptos, imágenes, sonidos de palabras, deseos, crepitan con desasosiego, se sobreponen unos a otros y lamen la lumbré de sus ojos quietos. Una escena, sin embargo, permanece estable el tiempo suficiente para ser descrita: junto a un río lento, de aguas amarillas y bajas riberas, hay una empalizada circular de troncos robustos, aguzados; un sendero polvoriento lleva al portón que se abre de súbito en la empalizada, a través de cuyo vano se descubre una aldea con chozas de techado cónico; en el interior de una de ellas aparece una mujer alta y ancha de caderas; canta plácidamente mientras maja en un pequeño mortero pedazos de ñame hervido; su cráneo rapado reluce de aceite y en su brazo resalta una ajorca de cobre; ahora se escucha un llanto de niño y la mujer, dejando de cantar, se vuelve hacia el lugar más oscuro de la choza y alarga los brazos de manera acogedora, maternal. Esta escena, o más bien cuadro imaginativo que forma el recuerdo, empieza a temblar, a doblarse por los bordes como una hoja caída al fuego, y los contornos y colores enseguida se agostan, se hacen humo, mientras dos lágrimas asoman a los ojos del hombre.

En el sueño del tameme, o tal vez en una memoria que presiente no del todo suya, hay, en primer término, oscuridad. No se trata de la oscuridad de la noche sin luna, incluso de la noche encapotada que ciega las estrellas; es la oscuridad de un tiempo sin estaciones,

sin semanas y calendarios. En esta oscuridad primigenia hay agua; no es posible verla, por supuesto, pero sí sentirla como un abrazo helado, inmóvil, que yace bajo el cielo negro y vacío. También parece haber tierra, tierra sumergida, légamo que sirve de sostén a las plantas desnudas del tameme. Entonces, en esta suerte de sueño mítico, el hombre echa a andar, o más bien a vagar con frío y agobio por el silencio, por el tiempo ausente. En algún lugar --no se puede apreciar si queda próximo o distante-- surge una débil claridad, apenas un resplandor de rescoldo, de la cual parten murmullos, voces bajas, profundas, que llenan el espacio inconmensurable del piélagos y lo hacen vibrar. El tameme, esperanzado, se acerca al luminoso cuchicheo con pasos cautos, espesos de légamo: de algún modo sabe que allí están, ocultos bajo sus mantos de plumas verdes y azules, Tepeu y Gugumatz, el Creador y el Formador; tal vez se animen a darle de nuevo su mano derecha, piensa en el sueño.

Al romper la aurora, el bosque de pinos que crece en la barranca hace un paisaje lamentable; por entre los bancos de neblina, las copas de los árboles se ven tumbadas de norte a sur, formando calles, o más bien canelones de terreno breñoso, a veces rasgados al centro por largas y dentadas grietas; también hay árboles volteados, por lo general al borde de las quebraduras, y sus raíces se descubren como enormes nudos de lombrices. Quizá allí tuvo su centro el terremoto, pues suman millares los pinos abatidos, tronchados, desgajados, y un tupido tapiz de agujas verdes cubre el declive del terreno, salvo en los surcos en que voló la tierra. El olor salvaje y penetrante de la resina ha atraído a las hormigas de las tierras altas. Formadas en columnas, pintan de un negro rojizo la vertiente oeste de la barranca, y van cubriendo los árboles heridos, los pellejos ondulantes de las serpientes, los nidos reventados; hay algo tenebroso en esta exterminadora marcha de minúsculas patas y tiento de pinzas, algo profundamente viejo y terrible que irrumpe de un mundo de galerías carbonosas, de secretos oficios y profanaciones, y se ordena como una feroz y ciega plaga a la luz del amanecer.

El negro y el indio, que duermen arrebujados en sus mantas, despiertan por el dolor de las picadas. Sobresaltados por el voraz rumor que se les viene encima, apenas atinan a desembarazarse de sus mantas y a

sacudirse las ropas uno al otro. Abandonando a las hormigas los zurriones, huyen desfavoridos barranca abajo, pisando alimañas en fuga, botando de piedra en piedra, los ojos grandes y las bocas abiertas.

Al saltar por sobre un tronco atravesado en su carrera, el indio tropieza y rueda por el declive con un largo aullido; finalmente, su cuerpo se detiene al golpear contra un árbol. Una vez más ha caído sobre el brazo lastimado, y su rostro, apenas alzado de las agujas de pino, es ahora un ovillo de terror salpicado de hormigas. Trata de incorporarse apoyándose en su brazo izquierdo, pero cae resoplando. Sólo le quedan fuerzas para alzar de nuevo la cabeza. “¡Negro, negro!”, grita angustiado.

El esclavo, saltando limpiamente el tronco atravesado, da varias zancadas y cae en cuclillas junto a su compañero; enseguida lo vuelve boca arriba y lo arrastra hasta una piedra. “Mátame pronto, negro. Mátame, que ya no puedo más”, gime el tameme mientras se da manotazos en la cara. “No dejés que me coman vivo”, solloza. El esclavo se vuelve y mira barranca arriba: el que fuera su campamento ha desaparecido bajo la bullente masa de insectos. Entonces, con un rápido gesto, desenvaina la hoja de acero que lleva a la espalda y mide con su punta la yugular del tameme. “Vamos, hombre, acabá de una vez”, suplica. “Recordá, negro bruto”, dice ahora intentando sonreír, “cuatro largas jornadas hacia el naciente y verás un río. Del otro lado están las Montañas del Mico. ¡Mátame, carajo!”

El esclavo mira fijamente al tameme. A pesar de la caída y las volteretas, el muñón permanece cubierto. Una lívida hinchazón trepa por el brazo mutilado, alcanzando el lado derecho de la cara; el carrillo semeja una vejiga fofa y el ojo es un pliege costroso y enrojecido. Con un ronco grito de furia, el hombre arroja lejos la espada, toma al tameme por el brazo izquierdo y se lo echa al hombro de golpe; sin mirar atrás comienza a correr.

Allá en lo alto, para el indio tuerto que observa desde la atalaya, los hombres del bosque apenas se distinguen por entre las copas de los árboles. Por un momento piensa que podrán escapar de las columnas de hormigas que convergen hacia el naciente, pero enseguida, al medir de nuevo la distancia con su redondo ojo de pájaro, hace la señal de la cruz y se retira del parapeto.